



AUTOENTREVISTA ACERCA DE LA CONSAGRACIÓN DE LA POBREZA

ANDRÉS PÉREZ
Director

¿Por qué trabajar dos textos tan desconocidos tan experimentales como son *El desquite* de don Roberto Parra y *La consagración de la pobreza* al mismo tiempo?

En realidad, fueron tres: los dos mencionados y *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare con el curso de egreso de la Universidad Arcis. En el plazo de un mes y medio, fueron estrenados los tres proyectos. Shakespeare fue el gran maestro y mi hilo de Ariadne conductor para ir descifrando los mundos que, desde la luminosidad y desde la oscuridad de los mundos planteados por los autores chilenos me ayudó a plasmar en el escenario lo triste y lo alegre de cada cual.

En todo proyecto hay, además, razones personales: en el caso de don Alfonso, era una deuda que ya no se podía prolongar más en el tiempo. Yo se la debía y, después de un año (el 1994), de inactividad teatral, excepto un taller y un carnaval organizado en Berlín, Alemania, mi lugar de permanencia más habitual ese año, consideré que tenía las fuerzas necesarias acumuladas para enfrentar dichos trabajos. Uno y otro se potenciaron. Ahora, yo no disocio al uno del otro en mi trabajo artístico. Dirá que, es el caso de **La consagración de la pobreza** el trabajo del equipo de producción en lo que atañe a la distribución, publicidad, permanencia en cartelera, fue menor y menos exitoso. En lo artístico, en su aporte real a lo público como discusión temática, estética, filosófica, ambos trabajos artísticos, creo que cumplieron, cada uno en su tiempo, con estos objetivos: e incluso, profundizando y analizando más en extenso los logros de esa producción (**La**

consagración de la pobreza) con un ser presente del grupo que la ejecutó (*El Gran Circo Teatro*) también se podrían encontrar razones para su menor permanencia en el mercado de ofertas: un actor que participó está, en estos momentos, en una escuela de danza en Bélgica; otro, en la Escuela de Circo en Francia; otra, actriz, con una Compañía de danza en Francia, París; igualmente, otro, sigue, en Chile, una carrera de director siendo, igualmente, estudiante de cine; yo, director del montaje y del *Gran Circo Teatro* he venido desarrollando durante 1996 una trayectoria de director independiente de *director invitado* a varios y variadas experiencias teatrales.

¿Cuándo y cómo en nuestras almas comenzó a operarse la gestación de esos deseos? La realidad de la permanencia y participación en grupos independientes en nuestro país no está ajena a la sensibilidad de una producción.

¿Cree usted que el montaje realizado rescató algo nuevo en o para el teatro? Dentro de su búsqueda de teatro popular ¿considera clave este trabajo? ¿Aprendió algo más sobre identidad chilena?

Muchos de los parlamentos escritos por don Alfonso Alcalde se me hicieron imposibles de transmitir de una manera *realista naturalista*. Una de las claves fue, en el estudio y en la extensa carta que él me entregó junto con el texto, el que me comunicara que los personajes en los cuales se había inspirado no se reconocieran cuando él se los había leído. Creí percibir una cierta frustración, una cierta nostalgia y, como él, yo

quería que los personajes populares se identificaran cuando vieran ese texto representado. Luego pensé que debía haber una elaboración teatral de esa realidad que, sin lugar a dudas, ya estaba *metaforizada meta-morfeasada* en el lenguaje. Desde luego, ahí hubo un conecte, una conexión con mi trabajo: la búsqueda de códigos, de formas teatrales que deconstruyen la realidad, y, que, en el mundo artificial del arte, re-construyan la vida. La risa fue la gran llave. La risa provocada en los auditores no comprometidos con la semejanza. Creí percibir el humor de los teatros de revistas, de los entremeses, de los sainetes, de la farsa de Aristófanes y ese fue el camino: las farsas báquicas, el origen de las comedias en el origen del teatro. La desfachatez, el carnaval, el humor transgresor.

Conversé con las actrices y los actores. Les dije que pensaba que un elenco ideal para esa obra hubieran sido la señora Ana González como en *Desideria*, la

La consagración de la pobreza, de Alfonso Alcalde.

señora Iris del Valle y su personaje de la Pelá. Les dije que ellos deberían elaborar, encarnar, encontrar en ellos un personaje de *humor* y sería este personaje el que luego debería decir esos textos, vivir las situaciones descritas. Trabajamos mucho el texto como si fuera radioteatro, las voces (en **El desquite** el radioteatro estaría presente en los sonidos ambientales. En Shakespeare el radioteatro sería la unión, la emisión de las consonantes), a partir de las voces irían surgiendo los personajes, la máscara parlante.

Les hablé del *Circo Timoteo*, un circo chileno pobre (**La consagración de la pobreza**) con catorce años de existencia en donde *la distorsión* es el límite, el objetivo, su mayor valor. De hecho, si yo hubiera contado con los recursos suficientes (este montaje de **La consagración de la pobreza** se realizó sobre la base de *ollas comunes* con los actores) habría realizado una co-producción entre el *Circo Timoteo* y el *Gran Circo Teatro*. Les sugerí que lo vieran.

Creo que rescatamos un humor popular, descarnado, del cual el texto está rebosante de ejemplos y que, en general, nuestro teatro chileno estaba carente. Un humor de revistas que la televisión se había cubierto, apoderándose. Ese humor había que restituirselo al teatro.

El que haya desierto florido raramente no excluye el perfume de otras flores. **La consagración de la pobreza** es *mi desierto florido*. Creo que aprendí algo sobre *identidad chilena*, algo tan viejo, otra vez: anda por los sectores de menor ingreso social de este país.

Y, quisiera agregar: tanto con **El desquite** de don Roberto Parra como con **La consagración de la pobreza** de don Alfonso Alcalde. Son dos obras que yo contemplo y es como si no las hubiera dirigido yo. Frente a ellas me emociono y me conmuevo como si otro director las hubiera dirigido. Estuve en trance al hacerlas.

Otra cosa quisiera decir frente a estas dos obras: las actrices y los actores, más que nunca, las hicieron tanto como yo las hice: siendo recipientes vacíos.

Una última: la escritora Diamela Eltit y su análisis frente a la cultura de la pobreza fue muy inspiradora del trabajo.



Víctor Calzadillas